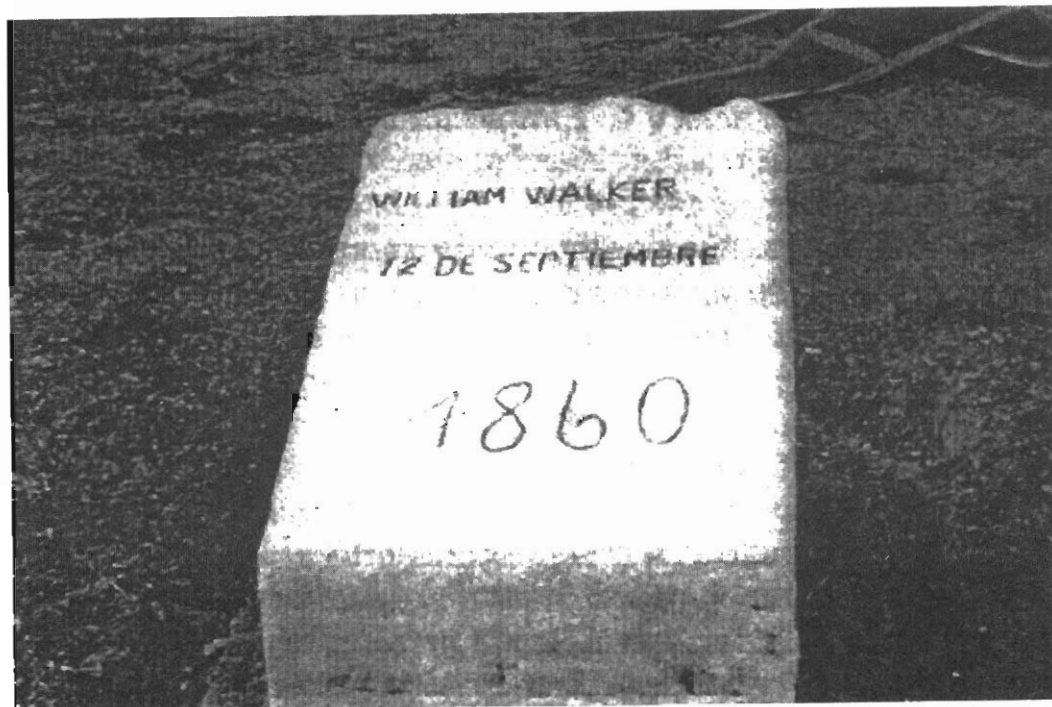


## Últimos días y muerte de William Walker



Placa en el lugar donde fue fusilado.

El último acto en la biografía del héroe es el de la muerte o de la despedida. Aquí se epitomiza el sentido completo de la vida. Sin necesidad de decirlo, el héroe no sería héroe si la muerte en alguna forma le infundiera terror; su condición primera es reconciliarse con la tumba.

Joseph Campbell.  
*The Hero with a Thousand Faces.*

UN ATAREADO WALKER, al tiempo que escribía en Nueva Orleans *La Guerra en Nicaragua*, envió a Nueva York al capitán Fayssoux (después de sobreseído en el juicio del *Philadelphia*) para hacer cuentas con Marshal O. Roberts, dueño del vapor, y alistar otra expedición. Con ayuda del comerciante de Wall Street Francis Morris y del abogado-agente de Vanderbilt John Thomas Doyle, el activo capitán logró ajustar la partida por el transporte de las armas en el *Philadelphia* según los términos de Walker, presionando y amenazando a Roberts con revelar su complicidad en la empresa filibustera, pero a su regreso en diciembre a Nueva Orleans no había obtenido nada para lanzar otra aventura.

Concluido el manuscrito y ya en la imprenta en Nueva York, Walker habló ahí con sus amigos y le transmitió a Fayssoux, por entonces su confidente a todas horas, que Morris parecía muy deseoso de seguir adelante con “nuestro trabajo”: él, Morris se encargaría de fletar filibusteros hasta Aspinwall, y Walker conseguiría los medios para el traslado posterior a San Juan del Norte. En las cartas a Fayssoux, Walker lo mantuvo al tanto de estos preparativos. El 12 de marzo había llegado a un acuerdo con Morris y le dijo a Fayssoux que deseaba ver al capitán J. S. West en cuanto regresara a Nueva Orleans: West era la persona indicada para “administrar una finca en el río San Juan”, adonde Walker enviaría “jomaleros con las herramientas necesarias, diez o quince cada dos semanas”.

Sin embargo, al restituir Inglaterra a Honduras las Islas de la Bahía Walker hubo de cambiar de planes. El jefe filibustero necesitaba alternativas y aceptó la primera opción a la vista: a mediados de marzo de 1860, el súbdito inglés Mr. Elwyn, residente en Roatán, visitó a Fayssoux en Nueva Orleans pidiéndole el envío (por Walker) de cincuenta hombres en barquitos fruteros que los dejarían en las islas, grupo a grupo. Los inmigrantes debían llegar antes del traspaso (que se esperaba el 28 de mayo) “para que ayudaran a preservar la libertad y proteger los bienes de los isleños en cualquier colisión que pudiera ocurrir con los hondureños”. Walker o los inmigrantes pagarían los pasajes, pero Elwyn y sus amigos se harían cargo de su manutención en las islas y después colaborarían con Walker en la empresa de Nicaragua. Cuando el 10 de abril Walker llegó de Nueva York a Nueva Orleans y Fayssoux le comunicó la propuesta de Elwyn, la aceptó y descartó el proyecto previo de Aspinwall. El 20 de abril envió a Roatán a Charles Allen y otros cuatro en la goleta frute-

ra *Wm. Abbott*; tres más siguieron en la *Isaac Toucey* el 23, dos en la *Dew Drop* el 25, tres en la *John A. Taylor* el 5 de mayo, once en la *Clifton* el 18 del mismo mayo y veinte en la *Isaac Toucey* el 2 de junio, para un total de cuarenta y cuatro filibusteros que viajaron a Roatán camuflados de inmigrantes pacíficos e independientes.

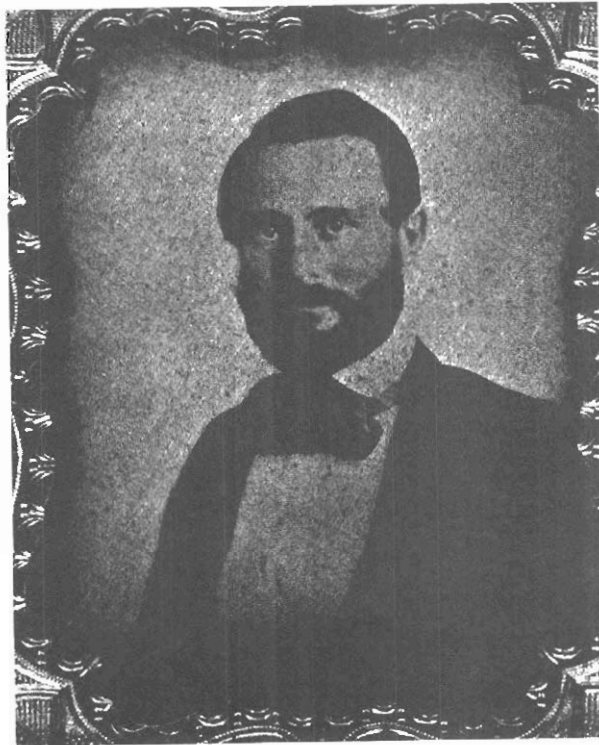
Al concluir abril, Walker recorrió Mobile, Montgomery y Selma, allegando fondos para los pasajes a Roatán. Su gira fue “hasta cierto punto exitosa”: en Mobile, Humphries le dio \$180; en Selma, tuvo “más suerte”. El 5 de junio, Walker nombró a Fayssoux “agente general” en Nueva Orleans para que lo representara en todos los asuntos relacionados con Nicaragua y Centroamérica y luego partió a Roatán en la *John A. Taylor* acompañado del coronel Thomas Henry, viejo paladín en la guerra a México y filibustero de casta, el mayor Thomas Dolan y otros dos cofrades. Antes, le encargó a Fayssoux recordarle a Humphries que andaba escaso de dinero y le urgían fondos. Aunque viajó de incógnito, registrado como Mr. Williams en la lista de pasajeros de la goleta, la prensa de Nueva Orleans al punto anunció su partida para Centroamérica, y en Port McDonald, Roatán, el 16 de junio ya encontró problemas. Los habitantes de las Islas de la Bahía, negros en su mayoría, eran en general hostiles a los norteamericanos, pues creían que éstos intentaban esclavizarlos, por la proximidad del Sur esclavista. Los “inmigrantes” de Walker fueron mal vistos desde el comienzo, en particular cuando uno le contó a varios isleños que había andado con Walker en Nicaragua; las autoridades inglesas detectaron la presencia de los filibusteros, averiguaron las actividades de Elwyn y reaccionaron de acuerdo.

Poco antes de arribar Walker a Port McDonald, el buque correo inglés había llegado de Belice con el Superintendente Thomas Price, un contingente de tropas y el juez, para aprehender a Mr. Elwyn y enjuiciarlo por traidor. Pero Elwyn andaba en otra isla con varios de los de Walker y, al no encontrarlo, el Superintendente y el juez regresaron a Belice, dejando cincuenta soldados y una batería de lanzacohetes en Port McDonald.

Seguir en Roatán era llamar al fracaso; Walker juntó a su gente y partió con ellos en la *Taylor* a Cozumel, Yucatán, y esperar ahí los refuerzos de Nueva Orleans. Cuarenta y nueve filibusteros desembarcaron el 23 en el extremo Sur de Cozumel y requisaron las dos

chozas y el único rebaño de cabras de los isleños que huyeron al verlos. La goleta enrumbó a Nueva Orleans con una carta a Fayssoux relatándole los sucesos y pidiéndole más hombres, pertrechos y vituallas. El único pensamiento de Walker era invadir Nicaragua; además, le confía a Fayssoux en otra misiva, "suceda lo que suceda he decidido no regresar a Estados Unidos, a menos que una necesidad imperiosa me obligue a hacerlo". Esta vez, el papel de emisario le tocó a Elwyn como le tocara a Byron Cole en 1855, pero ahora ya no hubo contrata de colonización que producir ni regalías que observar; el Predestinado iba directo a la acción. En otras palabras, era llegado para él y para todos el momento de la partida del héroe ... la hora sin retorno y la brújula sin aguja, sólo puro imán.

Fayssoux aún le envió de Nueva Orleans más gente y pertrechos. Dieciocho filibusteros zarparon en la *Dew Drop* el 13 de junio; el coronel A.F. Rudler siguió con veinticinco en la *Clifton* el 23 de junio y nueve salieron en el siguiente viaje de la *Taylor*, el 5 de julio, sumando un total de 101 hombres (Walker mismo incluido) para invadir Nicaragua.



Capitán Callender I. Fayssoux

Mientras tanto, al ratificarse el tratado en Comayagua, el traspaso de las Islas de la Bahía se fijó para finales de julio; y al saber las autoridades británicas en Jamaica de la presencia de los filibusteros norteamericanos en Roatán, enviaron en su búsqueda la corbeta *Icarus* a Belice. Junio concluía, el superintendente Price, en Belice, ordenó a la *Icarus* perseguir a Walker, que se decía estaba en las Islas Swan. Durante las siguientes dos semanas, la *Icarus* exploró diversas ensenadas y puertos, sin pillarlo.

El 16 de julio, la *Clifton* tocó Belice con pasajeros y carga de Nueva Orleans, entre ellos los filibusteros de Rudler rumbo a Roatán. El 18, a punto de partir, el inspector de aduanas subió a bordo, abrió varias cajas de “la mercancía”, y confiscó veintisiete bultos de municiones de contrabando. La *Clifton* quedó detenida; pero el coronel Rudler y los suyos se escabulleron a Roatán en otra goleta, sin los valiosos pertrechos. El 23 de julio, el superintendente Price viajó en la *Icarus* a Trujillo, alertando a las autoridades hondureñas a que pusieran el puerto en el mejor estado de defensa posible ya que él creía que la expedición de Walker era en realidad seria y de grandes proporciones; tras una fiesta en su honor, el 24, Price continuó el 25 en la *Icarus* a Roatán.

Walker permaneció en Cozumel hasta el 16 de julio por la noche, cuando zarpó en la *Dew Drop* a la Isla de Guanaja, donde había quedado de encontrarse con el capitán Leonard Lombard y la *Taylor*. Ahí esperó junto a la costa hasta la mañana del 24 cuando, preocupado por la ausencia de la *Taylor*, zarpó hacia Roatán en busca de noticias. Al aproximarse, un isleño amigo le informó que Lombard estaba todavía en Port McDonald, que la *Clifton* no había llegado y que la *Icarus* lo perseguía. Walker entonces le envió una carta a Lombard urgiéndole encontrarse con él en la punta noroeste de Roatán, tan pronto le fuera posible.

Con Walker, pues, al paio en las cercanías, un desorientado superintendente Price tocó Port McDonald el 25 en la *Icarus*, buscándolo. Los filibusteros de Rudler, procedentes de Belice, le dijeron que Walker se encaminaba de vuelta a Nueva Orleans, disuelta la expedición; ante sus ojos fletaron la goleta *John A. Taylor* del capitán Lombard para regresarse también a Nueva Orleans y subieron uno a uno a bordo; la goleta puso rumbo Norte y el ya tranquilo superintendente zarpó en la *Icarus* a su Belice. La paz filibustera resultaba pura apariencia ya que, fuera de vista, Lombard enfiló proa a reunirse con la *Dew Drop* en el punto y hora convenidos, según orden de Rudler. Ambas embarcaciones piráticas se encontraron en la mañana del 27, sólo para que Walker se diera cuenta que ninguna tenía carne ni vituallas y que, por anuncio oficial en Roatán, Honduras tomaría el 30 posesión definitiva de las islas.

Pero, de hecho, tras bastidores y causas al Predestinado el traspaso se había pospuesto: El 7 de julio, el cónsul inglés en Comayagua, Edward Hall, le informó al gobierno hondureño de la presencia de Walker en las cercanías, y Cresencio Gomes, el Ministro de Relaciones del gobierno del Presidente Guardiola, le pidió al gobernador Darling en Kingston, Jamaica, que las Islas de la Bahía siguieran en poder de Inglaterra hasta desaparecer el peligro filibustero. Darling estuvo de acuerdo.

Al no ocurrir el 30 el traspaso, como creyó, Walker esperó aún otro día y otro más y otro por si acaso ... el 3 de agosto no tuvo más remedio que reconocer que las islas continuarían bajo dominio inglés por tiempo indefinido, que sus escasas provisiones no duraban y que con los vientos reinantes jamás alcanzaría Nicaragua. Decidió entonces invadir Honduras.

\* \* \*

LA TROPA DE 92 hombres de William Walker desembarcó a las dos de la madrugada del 6 de agosto de 1860 en la playa, a cinco kilómetros de Trujillo, cuya antigua fortaleza colonial señorea el puerto y la bahía de aguas seguras. En el hemisferio Norte agosto es caluroso, hasta para los ardientes trópicos; en septiembre el planeta gira hacia el refrescante equinoccio de otoño —viraje que marcará en las vísperas del cambio de estación el crepúsculo mortecino del diosencillo de los ojos grises.

LA GUARNICIÓN del viejo fuerte de Trujillo era de cuarenta soldados el 6 de agosto de 1860, según el comandante del puerto Don Norberto Martínez. Setenta u ochenta, conforme algunos cronistas, y para el *New Orleans Delta* la cifra oficial de Martínez debía multiplicarse por diez: 400 hombres defendían el vetusto reducto...

Al salir el sol del 6 ya los filibusteros hundían sus botas en la arena marchando a la toma del fuerte. Un indio caribe vio los barcos y le avisó al centinela y el cañonazo consiguiente transmitió la alarma. Un piquete de soldados salió al encuentro de los invasores; soltaron una descarga de mosquetes y se dispersaron mientras los norteamericanos subían al trote la cuesta para capturar tras un corto combate el bastión clave. Al retumbo del cañón, los habitantes de Trujillo, alrededor de mil personas, se congregaron en la plaza, armados unos pocos de cuchillos, fusiles viejos, garrotes y machetes. Todos huyeron al ver a los filibusteros y dejaron desierto el pueblito. El cónsul inglés, Mr. Morrice, corrió a embarcarse para Roatán, quedando en ausencia su compatriota Mr. William Melhado a cargo del consulado, y el agente consular de los Estados Unidos, Mr. Edward Prudot, se fue también a Roatán, confiándole los intereses norteamericanos en el puerto a William Walker.

Walker sufrió cuatro heridos; un cronista filibustero informó que las bajas hondureñas fueron considerables, pero imposibles de estimar con precisión porque el enemigo se llevó a sus caídos al huir; otra fuente filibustera fija las bajas hondureñas en doce muertos y dieciocho heridos, mientras el agente consular Prudot le informaba al Departamento de Estado que los defensores tuvieron dos muertos y tres heridos.

Asentando su cuartel general en el fuerte, Walker le escribió una larga carta a Fayssoux el 6, con una rápida crónica de los eventos que culminaron con su captura de Trujillo aquella mañana de agosto. Al día siguiente lanzó una Proclama al pueblo de Honduras, diciéndole que su presencia en Trujillo era apenas un paso preliminar para volver a posesionarse de Nicaragua; primero, se proponía botar a Guardiola en beneficio de los pobres isleños de las Islas de la Bahía, y segundo, en beneficio propio y de sus filibusteros, ánsiosos de “retomar a su patria adoptiva”.

Pero Walker necesitaba aliados criollos para botar a Guardiola, y no tenía ninguno; peor aún, ignoraba quién era quién en Honduras. En la primera carta de Trujillo, le contó a Fayssoux que estaba

mandando a buscar en Roatán a alguien familiarizado con la gente del país, con miras a entablar relaciones amistosas con algún hondureño prominente que pudiera ayudarle. Y, por supuesto, le encareció de nuevo más refuerzos de Nueva Orleans. Confiaba que “la noticia de nuestro desembarco en Centroamérica hará que nos vengan voluntarios y espero que genere los donativos que necesitamos del pueblo sureño”. Su propaganda laboró a como pudo para ello bajo la dirección del “Ayudante y Secretario” Mr. Charles Allen (el corresponsal del *New York Herald* en la expedición de la *Susan*), echando a rodar noticias fabulosas acerca de una revolución jefeadada por el expresidente Trinidad Cabañas en estrecha alianza con Walker.

El general José Trinidad Cabañas, ya viejo y expatriado, vivía en El Salvador y al llegar el cuento de la alianza con Walker, la prensa salvadoreña comentó que quizá el filibustero propaió la noticia con miras a ganar popularidad y fortalecer su causa, pero que nadie que conociera a Cabañas podría darle crédito al anuncio. Walker mismo, en carta del 16 de agosto, le previno a Fayssoux que los rumores de la alianza con Cabañas eran falsos. De hecho, Walker no encontró un solo hondureño que colaborara con su causa. Que el Predestinado de los Ojos Grises no tenía amigos en Centroamérica en 1860 era obvio en la región, y lo expresó con claridad un norteamericano residente en Honduras en Carta al Editor del *New York Herald*: “Es un error creer que Walker tiene amigos en Centroamérica. Es universalmente odiado y aborrecido, y si lo capturan de nuevo, le llegó su fin”.



Gral. Santos Guardiola. Presidente de Honduras (1856-1862)



Gral. Trinidad Cabañas,  
Presidente de Honduras (1851-1855)



Cuando esa carta se publicó (el 25 de agosto) ya a Walker por cierto le llegaba el fin. La *John A. Taylor* y la *Dew Drop* navegaban a Nueva Orleans con cargamentos de frutas roataneñas la noche del 19 en que la *Icarus* entró en el puerto; al día siguiente en la mañana, el capitán Norvell Salmon ancló frente al fuerte y bajó a tierra a evaluar la situación. Encontró a Walker con cerca de noventa hombres en posesión del fuerte donde aún ondeaba la bandera hondureña y la ciudad desierta por completo, a excepción de Mr. Melhado en el consulado inglés, donde flotaban los colores británicos. Melhado le informó que las rentas de la aduana del puerto estaban hipotecadas por Honduras al Gobierno británico; que el 6 de agosto la caja de caudales de la aduana había caído en manos de Walker; y que éste se apoderó por ello de \$3.855 pertenecientes al gobierno inglés. Salmon le pidió a Melhado confirmación de su aserto por el comandante del puerto, don Norberto Martínez, quien acampaba en los alrededores; al recibir carta de Martínez, confirmando lo dicho por Melhado, Salmon le envió el 21 de agosto una nota perentoria a Walker, imponiéndole los siguientes términos: que él y sus seguidores se aprestaran a deponer las armas y reembarcarse; que les entregaran a las legítimas autoridades hondureñas todas las armas y pertrechos de la expedición; y que además les entregaran a dichas autoridades los fondos tomados de la aduana. Salmon prometió que “una vez cumplidos estos términos, la bandera inglesa les garantizará la seguridad a sus personas y sus efectos personales”.

En su respuesta de la misma fecha, Walker le dice a Salmon que para él no es deshonoroso el rendir sus armas ante un oficial de la corona británica; que respecto al reembarque, deseaba saber en qué embarcación debía hacerlo y quién pagaría los gastos; que en cuanto a los fondos de la aduana, nunca llegaron a su poder por lo cual no podía devolverlos, y aprovecha la ocasión para explicarle los motivos de la expedición filibustera: “... mi presencia actual aquí se debe enteramente a lo que considero es mi compromiso de honor con un pueblo deseoso de vivir en Centroamérica, bajo las antiguas leyes y costumbres del reino inglés; reclamando con sus intereses comunes bajo instituciones derivadas del Código de Alfredo, no creí que era malo ayudarles a sostener los derechos que habían legalmente adquirido”. La contestación instantánea de Salmon le señaló a Walker que ni el gobierno ni el pueblo hondureño deseaban introducir el Código de Alfredo en el país en la forma que él proponía;

que él y sus seguidores debían conseguir quien los transportara; que había goletas disponibles en puerto; que si él o uno de sus seguidores se apoderó de los fondos de la aduana, no importaba, ya que en todo caso Walker era el responsable por dicha pérdida; y, para cerrar:

Debo también informarle en referencia a una cláusula de su carta, que mis instrucciones no me permiten reconocer el derecho de ningún individuo privado de hacerle la guerra a un gobierno reconocido, y le debo confesar que no veo qué derechos “un pueblo deseoso de vivir en Centroamérica” pueda haber legalmente adquirido.

Le reitero de nuevo mi requerimiento de esta mañana, y le pido que me informe cuando esté listo para reembarcarse, pues estoy seguro de que usted lo hará ya que sabe lo que sucedería si rehusa hacerlo.

Al recibir esta segunda carta de Salmon, Walker le solicitó deferir la respuesta hasta completar sus preparativos al día siguiente. Salmon accedió, sabiendo que Walker estaba al habla con los capitanes de un par de goletas en la bahía; a la mañana siguiente (22 de agosto), no viendo ningún movimiento, Salmon envió un oficial a tierra y por él supo que Walker se había marchado antes de medianoche con su gente, portando cada cual su rifle y 120 cartuchos. Dejó en la fortaleza el resto de los pertrechos y provisiones, además de su hospital: tres heridos, tres enfermos, el cirujano y un asistente (que Salmon evacuó a Roatán, menos el coronel Henry herido en el polvorín en riña de borrachera, quien falleció en Trujillo y fue enterrado el 26 de agosto, antes que su Jefe).

\* \* \*

LOS VECINOS de Trujillo regresaron a sus casas y Martínez envió ochenta hombres en persecución de Walker, quien se dirigía al oriente, paralelo a la costa, hacia el río Romano. El 24 en la mañana acampó en Catintrí, antes de cruzar el río. En la tarde, cuando los filibusteros descansaban bajo los árboles sin la menor sospecha de un enemigo cerca, los hondureños atacaron, protegidos por la maleza. En el combate un filibustero cayó muerto y una docena heridos, siendo Walker uno de ellos.

El 24 en la noche, Walker cruzó el río Romano y continuó su marcha al Este, a un campamento maderero recién abandonado junto al río Limón, de donde envió dos hombres a Roatán en una canoa en busca de provisiones. Pasó luego por varias aldeas caribes que los recibieron como amigos, de creer a Dolan y West, aunque algunos “salteadores” hondureños les disparaban en el trayecto cada vez y cuando. El 27 de agosto, llegó al río Tinto y acampó a cuatro kilómetros de la bocana, en la venta de un inglés de apellido Dickens, abastecedor de los indios. Mientras tanto, el 26 de agosto el general Mariano Álvarez había llegado a Olanchito con 200 soldados del interior que el 31 zarparon de Trujillo para el río Tinto en la goleta *Correo*, convoyados por la *Icarus* del capitán Salmon.

Retrasado por una calma chicha, Salmon dio presión a las calderas y la *Icarus* arribó a la bocana del Tinto el 2 de septiembre, antes que la goleta y justo a tiempo de detener una balandra con plátanos de Roatán para Walker y capturar a sus tripulantes. Al reconocer el campo, Salmon averiguó que los filibusteros ocupaban la casa de Dickens; que Walker mismo estaba con fiebre; que varios de sus hombres iban heridos y gran parte del resto con calentura, sufriendo privaciones de toda índole. El 3 de septiembre a las 3 P.M., Salmon ascendió el río en su bote, acompañado del general Álvarez, junto con los otros botes de la *Icarus* repletos de marinos armados.

Temiendo que Walker y su segundo al mando, el coronel Rudler, intentaran escapar, el teniente Cox los mandó a bordo de la *Icarus* esa misma noche, mientras el general Álvarez regresaba a Trujillo en la goleta para prepararse a recibirlos. Al día siguiente (4 de septiembre) embarcaron a los demás filibusteros y la *Icarus* regresó a toda máquina a Trujillo, arribando a eso de la medianoche. El 5, en Trujillo, el capitán Norvell Salmon firmó un convenio consintiendo entregarle los filibusteros al general Mariano Álvarez. A Walker y Rudler se los entregaba “incondicionalmente, para que sean tratados conforme a derecho”; a los demás, “sujetos a las condiciones de que sean permitidos volver a los Estados Unidos, al dar sus juramentos que no servirán en ninguna expedición futura contra ningún de los Estados de Centro-América”.

Cuando el mismo día se supo la noticia del convenio, un corresponsal del *New York Herald* visitó a los filibusteros a bordo de la *Icarus* y los encontró a todos en mala salud y asquerosos de sucios. Entrevistó a Walker, quien le entregó para publicarse en el *Herald*

los originales de la correspondencia cruzada entre él y el comandante británico; enseguida le pidió redactar una corta nota que le dictó, protestando su entrega a las autoridades hondureñas. La dictó con calma y entre pausas, dándole el tiempo suficiente para escribir cada palabra antes de pronunciar la siguiente:

PROTESTA DEL GENERAL WALKER. —Por este medio protesto ante el mundo civilizado de que, cuando me rendí al capitán del vapor de Su Majestad *Icarus*, dicho oficial recibió explícitamente mi espada y pistola, así como las armas del coronel Rudler; y la rendición se hizo explícitamente y con palabras claras a él como representante de Su Majestad Británica. WILLIAM WALKER.

A bordo del vapor *Icarus*, 5 de septiembre de 1860.

\* \* \*

LA REACCIÓN en ambos bandos a la protesta de Walker podía pronosticarse. Por un lado, Bennett, en el *New York Herald*, comentó que Walker “se rindió al comandante Salmon, como representante de Su Majestad Británica, y dicho oficial, al entregarlo a las débiles y sanguinarias autoridades locales para su ejecución, ha empañado el honor británico y la bandera británica con una mancha que por más que se arrepienta el comandante Salmon, jamás se podrá lavar”. Por otro lado, el capitán Samuel Morrish, superior de Salmon en Jamaica, le informó al Almirantazgo en Londres: “En mi opinión el comandante Salmon ha actuado con suma rapidez y juiciosamente al desbaratar el nido de víboras y con ello ha eliminado las calamidades que hubieran ocurrido de haber permitido que Walker y sus secuaces siguieran adelante”.

Walker y sus secuaces desembarcaron en Trujillo por última vez el 6 de septiembre de 1860. Tres grandes lanchas aparejaron al costado del vapor para recibirlos, custodiados por los marinos de la *Icarus*; en tierra, los marinos ingleses formaron fila enfrente y los prisioneros marcharon entre dos hileras de soldados hondureños. De acuerdo a un testigo presencial, “con excepción de unos pocos todos los filibusteros ofrecían el aspecto de cadáveres”:

La marcha de entrada fue lenta y grave. Walker a la cabeza de su gente, vestido con mucha sencillez, marchaba al compás del tambor y era el objeto que absorbía todas las miradas. Luego que entró a la prisión, se le adaptaron grillos bien fuertes; y preguntándosele qué necesitaba, sólo pidió agua.

Mandó llamar en seguida al capellán de este puerto y, protestando su fe de católico romano, se le veía arrodillado ante el sacerdote o al frente de un pequeño altar en que a la escasa luz de dos candelas se distinguía la imagen de Jesús. Entre otras cosas, dijo una vez al capellán: *estoy resignado a morir; mi carrera política es concluida.*

Don Norberto Martínez, Comandante de Trujillo, no perdió tiempo en iniciar el juicio sumario de Walker y Rudler, interrogándolos por separado en cuanto llegaron a la prisión. Walker contestó las preguntas en español; Rudler necesitó de intérprete. Al preguntársele que quién le había auxiliado para la expedición, Walker contestó que varias personas de Estados Unidos afiliadas al partido político “Derechos de los Estados del Sur” al que pertenecían cientos de miles de personas. Dijo que, hablando en general, dicho partido tiene los mismos fines que la Constitución impresa de la “Gran Logia Estrella Roja” encontrada por las autoridades entre sus papeles. Al saber que Walker era católico, doña Adela Prudot de Martínez, esposa del Comandante don Norberto y hermana o familiar del agente consular Eduardo Prudot, le envió una estatuita de la Virgen de los Dolores o La Dolorosa que él veneró en su celda durante estos últimos trances de su vida.

En los días subsiguientes Martínez continuó interrogando a ambos prisioneros y a diversos testigos para establecer los hechos del caso. Luego le hizo cargo a Walker, e igual a Rudler, de haber cometido el delito de “piratería o filibusterismo” y el 9 de septiembre le remitió la sumaria al general Mariano Álvarez para el fallo. Walker alegó en defensa propia que:

La piratería es un delito bien definido por las leyes, y consiste en robar en alta mar. Este crimen no puede cometerse en tierra, y por consiguiente, me era imposible haberlo cometido al atacar la guarnición de este puerto en la madrugada del 6 de agosto último. Además, la idea del robo o del propósito de robar es inseparable de la de piratería. Ahora bien; todas las personas de Trujillo, durante el tiempo que ocupé la plaza, pueden dar fe de que, lejos de robar o permitir que otros robasen, hice todo lo posible para mantener el orden y dar garantías y seguridad a las personas y propiedades. En cuanto a “Filibusterismo”, esta palabra no tiene significación legal, y por consiguiente, no me es posible saber de lo que se me acusa al decir “Filibusterismo”.

Toda defensa era inútil. El 11 de septiembre, el general Álvarez condenó a Walker “a ser pasado por las armas ejecutivamente” y a Rudler “a cuatro años de presidio, en la capital de la República”. A las 7 P.M., el escribano de la causa notificó la sentencia de muerte al Predestinado de los Ojos Grises. Walker dijo “que no le parecía justa” y firmó al pie; preguntó a qué hora sería la ejecución y si tendría tiempo de escribir. Esa noche, redactó cartas a amigos y familiares —cartas que un cumplido general Álvarez enviaría sin abrirlas a sus destinatarios en los Estados Unidos.

\* \* \*

A LAS OCHO DE LA MAÑANA del doce de septiembre de 1860, (mes en que Centroamérica conmemora su Independencia), William Walker, el “rey de los filibusteros”, se encaminó con su serenidad habitual hacia el último capítulo de su vida en la plaza de armas del puerto de Trujillo, Honduras.

De sangre fría y color pálido como era, no se inmutó ni varió de rostro. Dos soldados con espadas desenvainadas lo custodiaban por delante, y detrás lo seguían otros tres hondureños con bayoneta calada. Llevaba el sombrero en la mano derecha y en la izquierda el crucifijo, caminando sin ver a nadie, los ojos fijos en el Cristo, oyendo las salmodias que el cura a su lado le rezaba al oído. Se cuadró en el centro que formaba la tropa en el patíbulo y desde allí, como protagonista, pronunció lleno de resignación estas últimas palabras —pidiéndole al sacerdote decirlas por él, pues el tono quedo de su voz no alcanzaba a los oyentes.

El padre dijo esto:

Soy católico romano. Es injusta la guerra que he hecho a Honduras por sugerencias de algunos roataneños. Los que me han acompañado no tienen culpa, sino yo. Pido perdón al pueblo. Recibo con resignación la muerte. Quiera que sea un bien para la sociedad.

Impasible y siempre el mismo, se sentó en la silla del cadalso, parecida a la que dispuso para el fusilamiento del general Corral, legitimista, y del general Salazar, demócrata, ante ojos nicaragüenses en la plaza de Granada. Un pelotón de diez soldados dio el paso reglamentario al frente y todos dispararon a la voz de ¡Fuego! Murió al instante; el oficial al mando cumplió con asestarle en la sien el tiro de

gracia. Sus restos recibieron entierro decoroso, conforme los ritos de la Iglesia.

El agente consular norteamericano sufragó los gastos: el ataúd le costó al gobierno de los Estados Unidos diez dólares con dos y medio reales.

\*

\* \*

WILLIAM WALKER yace ahí sin cumplir el anhelo de *La unidad del Arte*, enunciado en 1848 ante sus progenitores en la Primera Iglesia Bautista de Nashville, de que “es en nuestra tierra natal donde deseamos que reposen nuestros huesos cuando hayamos realizado los propósitos de nuestro ser y alcanzado los fines para los que fuimos creados”.



Capitán Norvell Salmon, de la Armada Inglesa.  
Capturó a Walker el 3 de septiembre de 1860 y lo entregó en Trujillo, Honduras,  
donde fue fusilado el 12 de ese mismo mes.